

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ

Las *Obras completas* de Betances*

A mediados de 2008 aparecieron los dos primeros volúmenes de las *Obras completas* del Padre de la Patria puertorriqueña, Ramón Emeterio Betances, en una preciosa y cuidada edición a cargo de Félix Ojeda Reyes y Paul Estrade. Boricua el primero y francés el segundo, historiadores ambos, forman desde hace unos cuantos años un formidable dueto que se ha encargado de rastrear los escritos del prócer, por archivos y hemerotecas de varios países, y que en este 2009 ya ha sacado a la luz el tercer tomo de la colección.

Dedicación y tenacidad han sido divisas de los esfuerzos de Ojeda Reyes y de Estrade, cuya colaboración por más de veinte años nos había ido entregando numerosos textos nunca antes compilados de Betances y más de un estudio acerca de la vida y la obra del Antillano, seudónimo usado con frecuencia por aquel. Un excelente ejemplo de ese laboreo conjunto es el valioso libro titulado *Ramón Emeterio Betances: el anciano maravilloso* (Río Piedras, Instituto de Estudios del

* Ramón Emeterio Betances: *Obras completas. Escritos médicos y científicos*, vol. I, 2008; *Escritos íntimos*, vol. II, 2008; *Escritos literarios*, vol. III, 2009, San Juan, Ediciones Puerto.



Caribe-Comité del Centenario de 1898, Universidad de Puerto Rico, 1995), una especie de labor preliminar para esta empresa de las *Obras completas*, ahora en ejecución.

Como señalan los editores en las palabras al inicio de cada tomo, tituladas «Patriarcal, siempre rebelde», la tarea de reunir los textos de Betances ha sido difícil y complicada por varias razones. Una, esencial, es la pérdida de sus archivos personales, recogidos en un centenar de cuadernos escritos por él mismo con letra bien pequeña, según explicara hace mucho tiempo Luis Bonafoux, el primer compilador de sus escritos. Otra es la dispersión geográfica, pues tanto lo que diera a la imprenta como la correspondencia particular abarcó publicaciones y destinatarios de numerosas naciones: los Estados Unidos, Francia, España, México, Puerto Rico, Haití, República Dominicana, Cuba, Italia, Inglaterra, Bélgica, Venezuela, Curazao, Saint Thomas, Dinamarca y Filipinas. Por todos esos lugares buscaron Ojeda Reyes y Estrade, mediante visitas directas o solicitando ayuda a diferentes personas, para encontrar artículos, cartas, una amplia gama de documentos, de quien fue viajero inquieto durante una buena parte de su vida y personalidad relacionada con periódicos, revistas y personas diversas de todos esos países.

Otros obstáculos que hubo que vencer fueron la dispersión de sus artículos en mucha prensa no identificada ni localizada antes, a veces no conservada en buen estado, junto a su carácter de escritor bilingüe en francés y en español, más los tantos seudónimos que empleara, además de que en algunos casos solo se han hallado traducciones publicadas en inglés.

Los editores aclaran que únicamente han rectificado los errores diferentes y modernizado la ortografía, y que han restablecido la cronología cuando ha sido imprescindible; pero que su aspiración no fue entregar una edición crítica ni una edición final, algo imposible por demás en un escritor tan prolífico y versátil, y de existencia tan rica y larga que llegó hasta los setenta y un años de edad, de quien se descubren nuevos textos a cada rato.

El primer volumen, *Escritos médicos y científicos*, cuenta con la presentación de Eduardo Rodríguez Vázquez y agrupa treinta y un textos betancianos, nueve de ellos escritos en francés. Si más de un testimoniante, tanto en Puerto Rico como en París, ha contado de las habilidades de Betances para la práctica de la medicina asistencial, un grupo de estos escritos evidencian su capacidad científica acerca de temas médicos, pues sistematizan y generalizan experiencias en el ejercicio de la profesión y actualizan sobre conocimientos entonces recientes.

Graduado de medicina y de cirugía en la Universidad de París, la intensa y continuada dedicación a la lucha por la libertad antillana no le impidió ejercer la profesión con brillantez, al extremo de codearse con muchos médicos eminentes de la capital francesa, entonces a la cabeza en buena parte de las especialidades y disciplinas médicas. La oftalmología y los estudios ginecológicos atrajeron su atención (su tesis de doctorado trató el tema del aborto), al igual que los asuntos sanitarios. El cólera era entonces una enfermedad cuyas epidemias causaban estragos, y ya se abría paso la comprensión de la importancia de la higiene para su control. Betances escribió sobre ello con todo el énfasis de un higienista. Y otro de sus temas fue la difusión de la vacuna para evitar la viruela, que lo llevó a preparar un grupo de artículos para un diario madrileño, en 1891.

Lo interesante de estos textos es que demuestran la importancia que el médico borinqueño daba por igual tanto al análisis y el estudio para los profesionales como a la difusión para las amplias mayorías. Diez de esos escritos, la tercera parte de los compilados en este primer volumen, pueden ser considerados de divulgación. Así, Betances evidencia un sentido plenamente moderno de la medicina: la eficacia de esta se halla en la prevención mediante la higiene, que no podía convertirse en hábito solamente de los sectores pudientes sino que debía abarcar a la totalidad de la población.

Varios de estos trabajos permiten comprender el espíritu antillanista, americanista y anticolonial que animó a Betances. Un curioso escrito publicado en la revista *América en París* en 1891, bajo el título de «Adaptación y anexionismo», aprovecha un tema muy en boga de lo que entonces se llamaba Historia Natural, la adaptación de las especies para, a través de los escarabajos coprófagos que no desarrollaron la capacidad de volar, aludir así a los puertorriqueños incapaces de buscar la libertad respecto a España que se movían hacia el anexionismo, obviamente de los Estados Unidos.

Los compiladores incluyen en este tomo un escrito betanciano a propósito del médico y patriota cubano Eusebio Hernández, «El Dr. Hernández», publicado en aquella misma revista parisina también en 1891, en la cual refiere las acciones a favor de la independencia de su isla de este cubano, que por aquel año brillaba en el mundo médico de París dadas sus habilidades y estudios sobre obstetricia y ginecología. Probablemente, el médico puertorriqueño veía en el joven cubano un émulo en patriotismo y dedicación profesional, dos aspectos que nunca fueron contradictorios para Betances.

Finalmente, hay que mencionar «Leyenda y ciencia», un comentario acerca de las capacidades y habilidades de los behiques, es decir, los médicos-sacerdotes de los aborígenes de las Antillas Mayores, llamados entonces comúnmente taínos. No debe extrañarnos que cuando nacía la antropología, cuya principal cuna fue el París de la segunda mitad del siglo XIX donde residió el puertorriqueño, este buscarse

fundamentos del saber científico en aquellos pueblos calificados por esa época de primitivos.

Este Betances médico y científico no es, pues, un expositor del positivismo que dominaba la escena de las ciencias finiseculares, sino todo un patriota y humanista preocupado por la salud popular a cuyo servicio ponía sus conocimientos.

El segundo volumen de sus *Obras completas* reúne ochenta y un documentos, setenta y ocho de ellos cartas, de los que veinte son aportados por los editores y las demás ya habían sido publicadas por Ada Suárez Díaz, a quien se dedica el volumen. Tal homenaje es reconocimiento imprescindible para una historiadora puertorriqueña, modesta e incansable, que entregó su vida a recoger y divulgar el legado escrito del Antillano. Ella ofreció una muy buena biografía de Betances, comenzada desde su tesis doctoral para la Universidad Complutense de Madrid e impresa en 1988 por el Centro de Estudios Avanzados de Puerto Rico y el Caribe, y, además, tres tomos de las obras de Betances, uno de ellos titulado *Epistolario íntimo*, como han llamado también los editores de las actuales *Obras completas* a este segundo volumen.

Ese título obedece a que las primeras cincuenta y nueve cartas compiladas, escritas entre el 15 de marzo de 1859 y el 4 de junio de 1861 –aunque la aplastante mayoría es de 1859– tratan básicamente un tema que marcó para siempre a Betances: la muerte de su amada, de apenas veintiún años, María del Carmen Henry Betances. La joven, sobrina del prócer, falleció, poco antes, de la boda de fiebre tifoidea en París, en abril de 1859, y el desconsolado novio acompañó su cadáver hasta Puerto Rico, en una travesía marítima de cuarenta días, que culminó con el entierro en Mayagüez.

La saga dolorosa de aquel médico de treinta y dos años puede seguirse a través de esas letras a familiares y amigos, que, al decir de Arcadio Díaz Quiñones, autor de la «Introducción» del tomo, son la crónica de una desgracia cuyo centro es la melancolía del narrador. Desde luego que esas cartas son piezas que muestran una época terrible para quien las escribía y son puntos inexcusables para la biografía de Betances. Su lectura permite, además, apreciar cuán natu-

ralmente brotaba la expresión literaria de la pluma de aquel triste joven empeñado en acompañar los desposos de su amada. Quien no supiera lo trágicamente verídico del suceso que motivó aquellas cartas pudiera leerlas hoy como una narración de sabor romántico, tan gustada todavía por nuestras tierras en aquellos años.

Carmelita o Lita, la novia eterna que nunca desposó el remitente, se nos convierte en un personaje literario, al igual que la melancolía del autor pareciera una historia ficcional, valor estético que se le escapa en su prosa epistolar a Betances, asunto comentado ampliamente e inteligentemente por Díaz Quiñones. De todos modos, uno no deja de preguntarse si ese sentido literario, por decirlo de algún modo, se le sale inconscientemente al prócer boricua o si hubo alguna voluntad de transmitir, de comunicar con alcance estético aquellos mensajes de sufrimiento y aquellas reflexiones sobre temas eternos como el amor frustrado, la muerte y el dolor que la acompaña.

La dimensión de la persona de Betances que los compiladores han insistido en nombrar íntima, desde luego que redondea positivamente la comprensión de aquel hombre recogido por la historia como el patriota incansable que conspiraba, organizaba y propagandizaba su ideal de plena independencia antillana. Los documentos que completan este segundo volumen tratan, en esencia asuntos de familia, aunque más de uno se acompaña de variados comentarios de actualidad y la mirada del líder político brota indetenible, como sucede en la carta a Eugenio María de Hostos, de enero de 1893, en la que le da la noticia de que Martí andaba organizando clubes y suscripciones, y le afirma que en Cuba había pocos deseos de moverse, pero en Puerto Rico «no hay nada». Y afirma a continuación: «Nuestro país es imposible para nosotros».

Ahí salta, ante el también ineludible patriota y antillanista que era Hostos, el otro gran drama de la vida de Betances: la imposibilidad de dar cauce a la libertad de la patria. Ese conflicto íntimo, que quizá atenazaba a conciencia en público, le ronda y se le escapa a veces: a Salvador Brau, el 5 de octubre de 1894, le confiesa que a veces cree que ha malgastado los in-

gresos obtenidos por su ejercicio de la medicina en la lucha patriótica, aunque concluye así, sin real arrepentimiento: «Pero ya está hecho». Y en esa misma misiva al historiador puertorriqueño le demuestra la ausencia de vanagloria y el desprendimiento de su actuar: «¡Que me olviden!... Con tal que venga otro caborrojeño capaz de salvar la isla».


El tercer volumen, *Escritos literarios*, está precedido por un excelente estudio preliminar redactado por Félix Córdova Iturregui, profesor de la Facultad de Humanidades del Recinto de Río Piedras, y se divide en dos grandes secciones: una que agrupa versos y otra que reúne relatos, cuentos y fantasías, o sea, las narraciones en prosa.

A juicio de los estudiosos, en esa obra literaria sobresalen la novela *Los dos indios*, publicada en 1857 bajo el seudónimo de Louis Raymond, y una pieza de teatro titulada *La botijuela*, aparecida en Nueva York en 1863. La relación de las narraciones del tomo incluye «La virgen de Borinquen» (1859), referida a la muerte de su novia; «Las tres yemas del cura dominicano» (1876), «Prado y Aldama» (1877), «Viajes de escaldado» (1888), «Nicolás, inteligencia de los animales» (1891), «El Perú en París» (1891), «El álbum Mariano» (1892), «Huelga en Jacmel» (1892), «La estafa» (1896), «Apariciones (Al emigrado)» y «La vieja cortesana», ambas sin fecha.

No es pequeña la producción estrictamente literaria de Betances, que, claro, en el caso de su prosa no comprende en este tomo el periodismo, al que entregó muchísimas páginas que serán incluidas en tomos siguientes. El volumen tercero evidencia las cualidades de la escritura betanciana, su voluntad de estilo y el espíritu de verdadero humanista que siempre animó a aquel médico de rigor científico y patriota ejemplar, para quien no hubo medio expresivo de su enorme riqueza espiritual fuera de su interés.

Félix Ojeda y Paul Estrade trabajan para publicar en quince tomos las *Obras completas* de Betances a razón de dos por año. Bienvenidos sean estos libros que nos están permitiendo aprehender en toda su anchura al abolicionista y al antillanista, al organizador del Grito de Lares en septiembre de 1868, al representante

diplomático de la República Dominicana y de la República de Cuba en Armas, al pensador de talla universal y al líder de la independencia puertorriqueña.

7 de agosto de 2009 

CARIDAD TAMAYO FERNÁNDEZ

Aciertos de la osadía*

Cuando el volumen *Mario Benedetti. Un mito discretísimo* llegó a mis manos, venía acompañado por una pregunta casi retórica: ¿por qué atreverse a escribir otra biografía si existía ya una, publicada por Mario Paoletti en 1995, además de una larga entrevista biográfica que Hugo Alfaro convirtiera en libro y que publicara en 1986?¹

Una respuesta inmediata aparece enmascarada en el propio título de la obra: la fascinación de su autora por este hombre que ella ve convertido en un mito contemporáneo, discretamente notorio. La confirmación aparece explícita en la segunda página del prólogo donde Hortensia Campanella, después de relatar cómo ha sido testigo privilegiado de los efectos que provoca la presencia de Benedetti, especialmente entre el público joven, afirma:

Así, a uno le nacen las ganas de saber cómo es que un pequeño ángulo de América del Sur puede

* Hortensia Campanella: *Mario Benedetti. Un mito discretísimo*, Montevideo, Seix Barral, 2008.

¹ Mario Paoletti: *El aguafiestas. La biografía de Mario Benedetti*, Buenos Aires, Compañía Editora Espasa Calpe Argentina/Seix Barral, 1995 y Hugo Alfaro: *Mario Benedetti (detrás de un vidrio claro)*, Montevideo, Ediciones Trilce, 1986.

producir artistas y escritores que sintonizan con tantos públicos y que pasan a la historia de sus respectivas vocaciones (Torres García, Barradas, Juana de Ibarbourou, Onetti, Horacio Quiroga, Mario Benedetti). Y, cerrando el objetivo, también uno empieza a interrogarse acerca de la vida de este escritor, cómo fue su formación, de dónde sale la solidez de sus citas, cómo se llevaba con sus padres, por qué ha tocado prácticamente todos los géneros literarios, cuáles han sido sus modelos, las alegrías que han llevado sus textos a tantas canciones, el compromiso que provocó once años de exilio. [16]



Casi al final del libro (mientras repasa los años 90 deja entrever otra de esas razones que justificarían un trabajo tan minucioso como el que ha hecho, aunque a lo largo de la biografía se van descubriendo motivaciones y propósitos de diversa índole:

Como diez años antes había hecho Hugo Alfaro, ahora otro amigo, el escritor argentino Mario Paoletti de nuevo lo hace hablar en Madrid y en Montevideo, y en paralelo con la voz de sus obras, aparece otro libro biográfico, *El aguafiestas*, en un estilo brillante que sintoniza con el sentido del humor del escritor uruguayo. Surgen en él muchas anécdotas de su infancia, de su militancia, siempre envueltas en una mezcla de humor y pudor que muchas veces impide asomarse adonde él no quiere [262].

La intención de penetrar en zonas de la vida personal y literaria de Benedetti que han quedado relegadas o escasamente abordadas en los anteriores es un buen motivo para arriesgarse a repetir la escritura de una biografía. ¿Es este «asomarse adonde él no quiere» otro de los propósitos de Campanella? Obviamente; la rigurosa investigación que hizo posible este libro basada en las entrevistas a muchos de los amigos del más célebre

escritor uruguayo, y a él mismo, la consulta de documentos, prensa, bibliografía, y otras fuentes, estuvo dirigida a la explicación de aquellos rincones velados de su biografía, a la concatenación de eventos, no de manera chata, sino dialécticamente razonados.

Si en algo difiere el libro de Campanella del de Paoletti es, en primer lugar, en el estilo de la escritura, y luego, en los puntos de interés. En la biografía del argentino se nota la mano del escritor ficcional; ella está redactada como un gran cuento cuyo personaje central es este escritor llamado Benedetti. Su biografía se concentra en las anécdotas y pasajes que marcaron la vida del poeta, narradas con una gran dosis de humor y en un estilo cercano a lo ficcional –interrumpidas en varias ocasiones por la voz del propio biografiado–, y en menor medida ejerce el comentario de las conexiones entre vida y obra literaria. En relación con Campanella, Paoletti comienza tarde el registro de los textos literarios del poeta uruguayo, lo inicia con la mención de los poemas que este le escribiera a Luz desde su temprano viaje a Buenos Aires, a fines de los años 30, y no vuelve a retomar el tema hasta 1947, fecha en que viaja a Europa junto a la familia de la joven. Ello no significa que no haya prestado atención a este importante asunto; allí aparecen ampliamente comentados sus libros fundamentales: *El país de la cola de paja*, *La tregua*, *Gracias por el fuego*, *Montevideanos* y *El cumpleaños de Juan Ángel*; mientras que le dedica menos espacio a *Quién de nosotros*, *Poemas de oficina*, *La muerte y otras sorpresas*, *Pedro y el Capitán* y *Primavera con una esquina rota*. Sin embargo, le interesa mucho (a veces en demasía, en lo que a detalles se refiere) escribir sobre el contexto sociopolítico que rodeaba a Benedetti en diferentes etapas, por ello, dedica varias páginas a resumir la historia uruguaya, o los acontecimientos tremendos de los años 60 y 70, o el surgimiento y desarrollo del Movimiento de Liberación Nacional en Uruguay (Tupamaros) y la guerra de guerrillas.

Campanella, por su parte, hace valer su formación como filóloga, y su destreza como periodista y crítica literaria, para ofrecernos una obra que prioriza las relaciones entre la biografía y la literatura de Benedetti, escrita de manera impecable, sin dejar de ser amena. Intenta alejarse del estilo narrativo ficcional y escribir un texto que emane objetividad en la presentación de los acontecimientos biográficos. Desde el inicio engarza los pasajes de la vida de Benedetti, sus andanzas y filiaciones, sus actitudes y conflictos con tal o cual poema, fragmento de novela o ensayo; igualmente los intercala entre los capítulos de la biografía para ilustrar el que se cierra o introducir el siguiente. Tampoco deja de mencionar o comentar la mayoría de sus libros, logrando, en ocasiones, enjundiosos estudios críticos donde intercala citas de otros estudiosos de la obra del uruguayo. Su interés por enfatizar la vocación literaria que hizo luego del hombre un mito, la inducen a incluir en su registro tanto los poemas que Benedetti escribía como ejercicios de clase en su colegio alemán de la infancia, como la novela escrita en su temprana adolescencia (*El trono y la vida*, de la cual solo guardan testimonio él y su hermano Raúl), junto a los periódicos que escribía a máquina y reproducía con papel de copia para que luego el pequeñísimo Raúl los vendiera en el barrio, hasta los poemarios que Mario publicara en 2004.

Una biografía [argumenta Campanella] va ordenando actos y emociones, descubre el sentido de lo que un ser humano va, simplemente, viviendo. El núcleo de la investigación biográfica no es solo recoger datos, sino ponerlos en relación, establecer el sentido de la vida estudiada, ya sea por sus objetos explícitos, o más frecuentemente, por el resultado de las sucesivas elecciones que implica el vivir. Y todo ello, teniendo en cuenta la complejidad del entramado de una vida examinada a distancia, de un medio que interrelaciona por azar o por determinismo social, las diversas lecturas que unos mismos signos pueden producir. [88]

Este pilar teórico sobre el que se sostiene la biografía se hace evidente en cada párrafo. Al mismo tiempo

que narra los episodios de la vida de Mario Orlando Hamlet Hardy Brenno Benedetti Farrugia (es decir, Mario), Campanella va desentrañando las claves que explican determinados comportamientos, tomas de decisiones, desenlaces y consecuencias de su accionar, y busca las conexiones entre ellos. Hay en esta biografía una marcada intención reveladora de los fundamentos que, a juicio de la autora, han hecho de Benedetti un hombre mítico, y que rebasan el hecho estrictamente literario. Por ello se empeña en la interpretación de su vida y literatura desde sus actitudes políticas e intelectuales, en la exposición de las relaciones que estableció con sus contemporáneos, en la visualización del estertor que producía su presencia y la lectura de su poesía, en la confirmación de la huella marcada por su actitud sensible pero firme ante la vida desde muy temprano, y en el impacto de su obra toda (narrativa, poesía, ensayo, teatro), no solo entre sus fieles y variados lectores, sino también entre intelectuales y críticos. En este sentido, el texto tiene una interesante dualidad, por un lado es una biografía clásica, y por otro un cuidadoso libro de ensayo crítico. Ambas partes se combinan armoniosamente pero podrían funcionar de igual manera como volúmenes independientes.


Campanella tiene a su favor, además, la oportunidad de actualizar la biografía que *El aguafiestas* detuvo en 1985 con un apretadísimo resumen de los siguientes diez años. Otro elemento significativo de su texto es la permanente recurrencia a los cuestionamientos que Benedetti generó tanto por sus opiniones y acciones en el plano político como intelectual. Muchas veces el curso que toma la biografía parece preguntar: ¿cuál es el «lado flaco» de este hombre consecuente, sensible, discreto, fiel, firme de carácter, valiente, tímido y atrevido? ¿Lo será el pesimismo que delatan algunos de sus poemas, o su conocida oposición a la violencia, su rechazo a la vida pública y el afán de protagonismo que le impidieron desarrollar una carrera política, que otros pensaron para él, pero que no le frenaron su permanente vínculo a la lucha contra la dictadura de su país, y su apoyo a las causas de otros pueblos del mundo que consideró justas? A estas y otras preguntas va respondiendo el recorrido biográfico seguido

por Campanella entretejiendo siempre causas y azares en busca de la explicación adecuada para cada episodio de la vida de este hombre ya legendario cuya definición mejor –asegura, o al menos «la palabra más usada en relación con su vida»– es coherencia. De ella nos hablaba ya en su prólogo como una de las cualidades benedettianas que habría que agradecer, lo cual descubre otra de sus solapadas intenciones a la hora de escribir este libro:

Después de tantos años de leer y oír los textos de este escritor peculiar, lo que queda es la convicción de que vida y obra de Mario Benedetti conservan una armonía especial que recae, como un influjo, como una fuerza, como un regalo sobre los lectores. Y, más allá de los vaivenes de esa obra, tan amplia, tan variada, tan arriesgada, por encima de los desniveles inevitables, de los gustos y disgustos que depara, la coherencia y la honestidad son de agradecer. [16]

En resumen, las biografías de Paoletti y Campanella de cierta manera se complementan, y no creo que esto sea casual. Ella conocía perfectamente los libros anteriores y se propuso hacer un compendio diferente aunque el material de base fuera el mismo. Es cierto que ambas tienen pequeñas semejanzas formales (las dos toman el título de poemas del propio Mario, las dos comienzan con escenas teatrales elaboradas para la edición), que se repiten citas (quizá innecesariamente), anécdotas (ineludibles a veces), que ambas tienen pequeñas imprecisiones en datos concretos (fechas, nombres, etcétera) pero en su empaque general ambas guardan una personalidad bien definida, con miradas claramente delimitadas y estilos diferentes que propician la coexistencia sin contradicciones de ambos libros, más allá de las discusiones que la propia información biográfica genera (Campanella, por ejemplo, rectifica la fecha de entrada de Benedetti a la función pública que, según ella, será en 1940, y no 1942, como se ha sostenido).

El Benedetti que asoma tímidamente en la portada de esta reciente biografía ha quedado una vez más en

evidencia. Ya no puede ocultar su poderoso influjo, su natural tendencia a ser inolvidable y permanente, a pesar de sus tácticas y estrategias. La persistencia de un mito, dice un conocido escritor, está en su permanencia en el sueño colectivo. Benedetti dejó de ser un mito discreto para convertirse en un mito a toda voz. La osada idea de Hortensia Campanella cuando concibió esta biografía y la lanzó al espacio público, ya era valiosa por sus aportes e interpretaciones. A la muerte del poeta, se impone el mito, y la lectura del texto adquiere otro carácter. Hay que atreverse, atreverse siempre. 

CARLOS ALZUGARAY TRETO

*La potencia plebeya: Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia, de Álvaro García Linera**

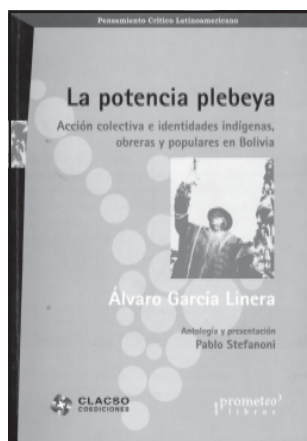
«El pensamiento no nace tanto de otro pensamiento como de una realidad concreta», ha escrito Roberto Fernández Retamar. Tal es el caso del volumen que se reseña en este texto, en el que se reúnen una serie de ensayos políticos y politológicos escritos

* Álvaro García Linera: *La potencia plebeya: Acción colectiva e identidades indígenas, obreras y populares en Bolivia*, Argentina, Clacso/Prometeo Libros, Colección Pensamiento Crítico Latinoamericano, 2008

entre 1989 y 2008 por Álvaro García Linera, quien se ha ganado justamente el título, nada honorífico, de «copiloto» de Evo Morales, como afirma en el prefacio el compilador, Pablo Stefanoni. Publicado por Clacso en 2008 en su colección Pensamiento Crítico Latinoamericano, resulta justo y apropiado que el actual Vicepresidente de esa nación andina aparezca en una relación que incluye a figuras tan descolantes de la construcción del ideario emancipador de nuestra América como José Carlos Mariátegui, Pablo González Casanova y Gérard Pierre-Charles, por mencionar solo a tres autores de este repertorio.

García Linera, nos dice Stefanoni en el prefacio, nació en 1962, apenas tres años después del triunfo de la Revolución Cubana, en el seno de una familia mestiza de clase media en la ciudad de La Paz. Cobró temprana conciencia política siendo un adolescente, en los años de la resistencia a la dictadura de Hugo Banzer y con las luchas sociales de la década de 1970 que desembocaron en el gran bloqueo a La Paz, promovido por la Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), de orientación *katarista*, primer movimiento indianista contemporáneo de esa nación con raíces en la población aimara. Estudió matemática en la Universidad Nacional Autónoma de México. Sociólogo autodidacta, aprovechó su estancia en la capital mexicana para iniciar sus estudios sobre el pensamiento marxista y renovar su pesquisa en torno a los temas etnográficos, alentado por la repercusión en la nación azteca de las luchas indígenas mayas en Guatemala. De regreso a Bolivia compartió experiencias como activista político, sufrió prisión y, finalmente, se incorporó al claustro en la Facultad de Sociología de la Universidad Mayor de San Andrés.

García Linera es de esos marxistas que profesamos que la diversidad de enfoques y análisis es una fortaleza y no una debilidad de nuestro quehacer teórico y conceptual. El profundo y riguroso estudio de las fuentes clásicas originales de una forma dialéctica y creativa, alejada de cualquier anquilosamiento y esque-



matismo propios de la vulgata marxológica, se ve complementado con un profundo conocimiento de la sociología contemporánea, desde Bourdieu, Negri y Foucault hasta Giddens, Touraine y Tilly.

Pero, en su caso, la meditación académica, además, está adecuadamente aderezada por la propias vivencias del autor-activista político, cuya trayectoria lo ha llevado a las más altas esferas del gobierno boliviano a partir de su temprano accionar como militante de la Ofensiva Roja de las *Ayllus* (comunidades) Tupakataristas y su brazo armado, el Ejército

Guerrillero Tupak Katari, «cuyos «marcos interpretativos» de la realidad boliviana –a diferencia del foquismo clásico de matriz guevarista– ponían énfasis en la organización de una gran sublevación indígena mediante la organización militar y el armamento de las comunidades», como afirma Stefanoni (13). Esta experiencia, como se ha dicho, costó a García Linera varios años en el presidio.

En la década de 1990, en pleno diluvio neoliberal, García Linera se va consolidando como *sociólogo-intérprete*, con un creciente prestigio intelectual.

Si bien hablaba desde el compromiso con los movimientos sociales –un término que fue ganando espacio frente a la terminología clasista de antaño– sus formas y posiciones políticas aparecían moderadas por sofisticados análisis, capaces de «traducir» a las clases medias urbanas la «racionalidad» (cosmovisión, dirán los indianistas) de la Bolivia profunda y tradicionalmente despreciada, completamente opaca para los intelectuales hegemónicos. [Stefanoni, 16]

El compilador de esta colección ha agrupado los catorce textos seleccionado en siete capítulos que permiten seguir, en una secuencia lógica, no solo la evolución del pensamiento de García Linera, sino de los distintos aspectos de la vida política boliviana reciente hasta plantear los dilemas que enfrenta el proceso

conducido por Evo Morales. Estos capítulos se titulan respectivamente: «Marxismo y mundo agrario»; «El *Manifiesto Comunista* y nuestro tiempo»; «Ciudadanía y democracia»; «Movimiento obrero»; «Movimiento indígena»; «Estructuras de los movimientos sociales» y «Crisis estatal y época de revolución».

Los tres ensayos incluidos en los primeros dos capítulos del libro demuestran ante todo el riguroso discernimiento de García Linera sobre los textos clásicos del marxismo, y su voluntad de hurgar en ellos para encontrar las claves de la problemática que más le importa: la búsqueda de las formas de luchas, emancipadoras que llevarán a su país, Bolivia, hacia un proceso revolucionario que libere a la mayoría indígena de su población y a la nación en su conjunto. En «Introducción al *Cuaderno Kovalevsky*», García Linera se refiere a unas notas que Marx escribió al estudiar un libro de ese autor ruso dedicado a las comunidades agrarias en América y la India.

En conjunto vemos, pues, en Marx, una concepción del desarrollo histórico que difiere antagónicamente de los esquemas linealistas –y en ocasiones con rasgos racistas– con que representantes de la Segunda Internacional caracterizaron el desarrollo histórico, y que luego fueron continuados por Stalin en su famoso texto *Materialismo dialéctico, materialismo histórico* y por todos los manuales de «divulgación» marxista. Según éstos, la historia conoce cinco modos de producción progresivos que todos los pueblos habrían tenido que atravesar invariablemente: comunidad primitiva, esclavismo, feudalismo, capitalismo y socialismo. Diametralmente opuestos a estos esquematismos reaccionarios, el pensamiento revolucionario de Marx avanzó, en cambio, en la comprensión de que la historia social había continuado a partir de un punto común inicial, la comunidad primordial, por múltiples vías de desarrollo, distintas de un pueblo a otro o de un continente a otro. [27-28]

Esta apreciación de base tiene una gran importancia práctica porque sirve a García Linera para propo-

ner una interpretación del carácter revolucionario de las comunidades de pueblos originarios en los Andes, que la práctica ya ha validado, a contrapelo de las interpretaciones de autores marxistas ortodoxos, que las calificaron de «modos feudales de producción». Siguiendo en buena medida a Mariátegui, quien argumentara algo similar para el caso de Perú, el autor afirma:

La vigencia de relaciones comunitarias en formas transformadas a las originales, o en vías de disolución, en escala nacional, son entonces para Marx una nueva fuerza revolucionaria que no sólo da al proletariado industrial la posibilidad de contar con una fuerza revolucionaria en su lucha contra el capital, sino que también ella misma, la comunidad, le da ya de entrada una fuerza objetiva que, sumada a las que nacen antagónicamente dentro del capitalismo, nos señalan, la proximidad y la posibilidad de la revolución comunista en nuestros países. [38]

El capítulo 2 contiene un enjundioso ensayo de difícil lectura y asimilación en el cual se elaboran cuatro tesis, sobre la actualidad histórica del *Manifiesto Comunista*. Según García Linera, en esta obra seminal de Marx y Engels, se previeron cuatro fenómenos contemporáneos. Ellas son: la subsunción del mundo al capital en el desarrollo global del capitalismo; la enajenación material del trabajo debida al desarrollo tecnológico; las luchas de clases, y luego las clases sociales como movimiento estructural a pesar de las transformaciones sufridas por burgueses y proletarios; la creciente mercantilización del trabajo por el capital.

En su análisis de la tercera tesis, al referirse al desarrollo ulterior de la conocida frase del *Manifiesto* en el sentido de que «la historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases», nuestro autor hace una serie de interesantes reflexiones sobre la superación del capitalismo y su sustitución por el socialismo a partir de que, como argumenta Marx, el capital «no es pues una fuerza personal; es una fuerza social. [...] El capital es una relación social, no un grupo de personas con ciertas

cualidades particulares». De ahí se colige que resulta erróneo pensar que:

en tanto la burguesía y su poder son un problema de propiedad poseída por tales o cuales personas, la derrota de la burguesía pasa por la expropiación estatal de esa propiedad y el exterminio físico o exilio de los propietarios, es decir, por medidas administrativas.

La experiencia de la ex URSS muestra que la propiedad estatal de los medios de producción defendida por burócratas estatales y minúsculas sectas de aspirantes a funcionarios públicos, simplemente instaaura al estado como «capitalista colectivo», y a los miembros del partido como a nuevos sujetos portadores de la función social burguesa, con lo que la relación social del capital se reproduce, aunque de manera modificada.

Superar al capital, desde el punto de vista de la definición de Marx, significa superar las relaciones sociales de fuerza, los comportamientos, las disposiciones y los posicionamientos en el control, el uso y la modificación de las condiciones de producción de necesidades materiales (economía), de soberanía (política) y de bienes simbólicos (cultura). Y esto, por supuesto, no es un atributo de pastor alguno (Foucault) o burócrata estatal agazapado detrás de alguna autotitulada «vanguardia»; es un movimiento social de revolucionarización de las relaciones sociales en los que los sujetos de tales transformaciones no pueden ser otros más que los sujetos que las padecen: el trabajo en todas sus formas corporalizadas que, en la sociedad moderna mayoritariamente (aunque no únicamente) es el proletariado. [101-102]

A partir de estas premisas, García Linera propone un concepto de revolución social socialista que vale la pena reproducir, muy en línea con el pensamiento del Che:

La revolución social no es, pues, un golpe de mano que extermine a las familias burguesas, ni mucho menos una medida administrativa en la que un je-

fecillo dicta un decreto de «socialización»; es un movimiento práctico, histórico, de larga duración, en el que el trabajo va quebrando y erosionando, incluso mucho antes del derrocamiento político de la burguesía, las relaciones de fuerza en la economía, la política, la cultura y la técnica, que sostienen al capital. Aún más, se trata de un proceso económico-político-cultural en el que el trabajo va creando las nuevas disposiciones, las nuevas actitudes y capacidades para modificar a su favor el control, la gestión de las condiciones materiales de producción de la economía, la política y la cultura. Este proceso revolucionario es un proceso histórico de décadas que se inicia mucho antes de la disputa abierta y nacional del monopolio de la violencia física y simbólica del Estado (Bourdieu); disputa descarnada que, cuando se da, para no devenir en otra fuerza productiva del capitalismo, ha de verificarse como acumulación concentrada y explosiva de múltiples experiencias previas de autonomía, de autogestión social que preparan al proletariado para tomar en sus manos colectivas la responsabilidad del destino social. Revolución que de vencer, deberá seguir desplegándose después bajo otros medios más favorables y centralizados (el socialismo). [102-103]

La evolución de la ciudadanía y de la condición obrera en Bolivia son el objeto de estudio de los capítulos 3 y 4. En general, ambos textos tienen importancia como antecedentes para los tres capítulos siguientes, dedicados respectivamente a los movimientos indígenas, a la estructura de los movimientos sociales y a lo que García Linera titula «crisis estatal y época de revolución».

El breve ensayo sobre la evolución de la ciudadanía y la democracia en Bolivia entre 1900 y 1998 resulta interesante por la forma en que el autor se introduce en la historia política del país desde el punto de vista del ciudadano. Para nuestro politólogo, en Bolivia se han dado sucesivamente tres formas de ciudadanía: la de casta (que es la prevaeciente desde la fundación del Estado hasta la Revolución de 1952 y que se

caracteriza por la exclusión de la mayoría de la población), la corporativa (que nace con el movimiento nacionalista de 1952 y se corresponde con el Estado por él creado en que se amplían los derechos políticos a varios sectores subalternos) y la irresponsable (que nace en 1986 con la derrota de los movimientos obreros y se entroniza la saga de las reformas neoliberales). Estas tres formas se corresponden con tres momentos históricos del devenir del Estado y de la democracia en Bolivia, aunque es bueno subrayar que este es uno de los países de la América Latina que más golpes de Estado militares han sufrido.

Vale la pena citar lo que García Linera afirma de la «ciudadanía irresponsable» que prevaleció en Bolivia entre 1986 y 2006, cuando resultó electo Evo Morales.

La moderna ciudadanía es, descaradamente *una ciudadanía irresponsable*, en la medida en que el ejercicio de derechos públicos es simplemente una ceremonia de dimisión de la voluntad política, de la voluntad de gobernar, para depositarla en manos de una nueva casta de propietarios privados de la política, que se atribuye el conocimiento de las sofisticadas e impenetrables técnicas del mando y del gobierno. [147]

La contraparte de este planteo está precisamente en una obra de 1997 titulada en inglés *Technopols: Freeing Politics and Markets in Latin America in the 1990s* (*Tecnopolíticos: liberando la política y los mercados en América Latina en los 90*) coordinada por el cubano-americano Jorge I. Domínguez, en la que se argumentaba que el futuro de la región estaba en manos de una nueva casta de dirigentes tecnocráticos al estilo del argentino Domingo Cavallo, del mexicano Pedro Aspe, del brasileño Fernando Henrique Cardoso, y de los chilenos Evelyn Matthei y Alejandro Foxley, que modernizarían no solo las economías en términos neoliberales sino también la política. Doce años después, son líderes como el venezolano Hugo Chávez, el boliviano Evo Morales, el ecuatoriano Rafael Correa, el brasileño Lula da Silva y el paraguayo Fernando Lugo, por mencionar solo a algunos que regentan los pro-

cesos políticos en la región. Nada que ver con esa casta tecnocrática.

Los dos ensayos del capítulo 4 se adentran en la historia del movimiento obrero y en su condición, en constante lucha entre dos prácticas políticas distintas.

El mundo obrero boliviano, precisamente ha cultivado un tipo de *práctica política* fundamentalmente *reivindicativa*, en tanto que las *prácticas políticas productoras de horizonte estratégico alternativo* han sido bastante restringidas por la reconstitución de sumisiones y mansedumbres al interior del campo de fuerzas de clase que se dan lugar dentro del proceso de trabajo y el proceso de producción en general. [181]

Este texto contribuye a comprender mejor la vinculación del movimiento obrero boliviano con los partidos políticos de izquierda que se erigieron en sus representantes, en particular el Movimiento Nacionalista Revolucionario, que condujo la Revolución de 1952, pero que en 1986 lo emasculó, asunto que constituye el centro del ensayo «La muerte de la condición obrera del siglo XX».

Pero, como bien apunta García Linera al final de este texto escrito en 2000, los éxitos alcanzados en abril de ese año por la Coordinadora del Agua y la Vida en Cochabamba cambiaron fundamentalmente el panorama.

Estas formas (de lucha), por sus victorias conseguidas, su fuerza de articulación de sectores laborales dispersos, por su producción de solidaridad popular en torno a una autoridad moral obrera, por la reactivación de la capacidad de creer de las clases subalternas en sí mismas y, ante todo, por la recuperación de la capacidad de acción o, mejor, por la producción de un horizonte de acción autodeterminativo, están dando lugar a una novedosa reconstitución del tejido social del mundo laboral y, en particular, de la identidad obrera contemporánea. Se puede decir que, desde abril de 2000, estamos ante un *punto de inflexión histórico*: el del inicio del fin de esa época signada por el pro-

grama neoliberal que se inauguró con la derrota de la «marcha por la vida». [191-192]

Los textos incluidos en el capítulo 5, constituyen un profundo análisis del movimiento indígena boliviano y de las contradicciones internas de un Estado que no acaba de asumir su carácter multinacional. El ensayo «Narrativa colonial y narrativa comunal: Un acercamiento a la rebelión como reinención de la política» contiene una percepción muy aguda sobre la esencia del modo de producción indígena:

¿Y qué es entonces esa comunidad capaz de engendrar un movimiento social del ímpetu que todos conocemos? Independientemente de las precisiones sociológicas y la abundancia de variaciones locales, es una forma de socialización entre las personas y de la naturaleza; es tanto una forma social de producir la riqueza como de conceptualizarla, una manera de representar los bienes materiales como de consumirlos, una tecnología productiva como una religiosidad, una forma de lo individual confrontado a lo común, un modo de mercantilizar lo producido pero también de supe-ditarlo a la satisfacción de usos personales consuntivos, una ética y una forma de politizar la vida, un modo de explicar el mundo; en definitiva, una manera básica de humanización, de reproducción social distinta y en aspectos relevantes antitética al modo de socialización emanado por el régimen del capital; pero a la vez, y esto no hay que eludirlo, de socialización fragmentada, subyugada por poderes externos e internos, que la colocan como palpable realidad subordinada. [204-205]

Es en estos términos teóricos que García Linera explica la necesidad y la probabilidad de las rebeliones indígenas en este texto premonitorio de 1997.

En la rebelión comunal, todo el pasado se concentra activamente en el presente; pero a diferencia de las épocas de quietud, donde el pasado subalterno se proyecta como presente subalternizado,

ahora es la acumulación del pasado insumiso el que se concentra en el presente para derrocar la mansedumbre pasada. Es pues un momento de ruptura fulminante contra todos los anteriores principios de comportamiento sumiso, incluidos los que han perdurado al interior de la unidad familiar. El porvenir aparece al fin como insólita invención de una voluntad común que huye descaradamente de todas las rutas prescritas, reconociéndose en esta audacia como soberana constructora de sí misma. [206]

En el siguiente texto, «Estado plurinacional y multivilizatorio: una propuesta democrática y pluralista para la extinción de la exclusión de las naciones indígenas», escrito en 2004, García Linera apunta la contradicción principal que encerraba la Bolivia de los tiempos previos al advenimiento del Movimiento al Socialismo (MAS) al poder en 2006, entre un Estado monocultural y una sociedad multinacional. Para comenzar, el autor considera que en Bolivia conviven cuatro grandes regímenes civilizatorios: mercantil industrial moderno, mercantil doméstico, comunal y amazónico. Pero como el Estado asumía y representaba solamente al primero,

vive con una legitimidad bajo permanente estado de duda y acecho por parte de las otras entidades culturales y étnicas, y de otras prácticas de entendimiento de la responsabilidad sobre el bien común, excluidas de la administración gubernamental. [236]

Por ello, García Linera puede hacer esta formulación sobre la situación de Bolivia antes de 2006:

En el caso de Bolivia, es por demás evidente que nos encontramos con un dominio de la racionalidad capitalista, pero no así con su generalización. Es más, cerca de dos tercios de los circuitos económicos se mueven bajo parámetros no industriales. De ahí que por ello, en términos de esquemas mentales, no sólo sea escasa la presencia de un sentido de igualdad social en correspondencia a

la pequeñez de una economía capitalista plenamente desplegada, sino que, además, se tengan espacios de igualdad fragmentados, territorializados por lugar de residencia, por parentesco, paisanaje, etcétera. Una de las condiciones estructurales de la democracia representativa es, por tanto, inexistente en la formación social boliviana. [238]

En otro texto del libro, García Linera va a titular esta abigarrada economía boliviana con el nombre de «modernidad barroca» (270).

En el siguiente capítulo 6 («Estructuras de los movimientos sociales») hay una discusión de las distintas corrientes sociológicas modernas para interpretar estos nuevos sujetos políticos. De una manera muy original, García Linera propone una clasificación conceptual de las formas que adoptan los movimientos sociales en tres vertientes: forma sindicato, forma multitud, forma comunidad. Entre los muchos aportes del autor en este texto, vale apuntar su definición de acción colectiva en los movimiento sociales emancipadores:

la acción colectiva es mucho más que un cálculo consciente de objetivos en función de medios para alcanzarlos, y que vínculos como la solidaridad, las pautas morales de igualdad y la identidad, que también forman una racionalidad interna de la acción, son componentes sociales por los cuales la gente es capaz de movilizarse. [273-274]

Cuando analiza la forma multitud de los movimientos sociales, García Linera reivindica la noción de «capital militante» de Poupeau como aquellas «personas e instituciones portadoras de una mayor experiencia discursiva, de una mayor habilidad organizativa» (297), al tiempo que señala como una de las condiciones de éxito de la Coordinadora del Agua de Cochabamba la combinación de consenso deliberativo con obligatoriedad participativa:

En las llamadas formas tradicionales de asociación, en tanto la individualidad es un resultado de la co-

lectividad, en su interior se ejercitan mecanismos de deliberación, *consenso deliberativo* y *obligatoriedad participativa*; esto sucede en una buena parte de la vida interna de las organizaciones locales de la Coordinadora. [300]

El capítulo 7 («Crisis estatal y época de revolución») incluye cuatro ensayos de palpante actualidad: «Crisis del Estado y sublevaciones indígena-plebeyas en Bolivia» (2004); «La lucha por el poder en Bolivia» (2005); «Indianismo y marxismo. El desencuentro de dos razones revolucionarias» (2005); «El Estado en transición. Bloque de poder y punto de bifurcación» (2008). Este último inédito hasta que apareciera en el libro reseñado. Los cuatro ensayos se caracterizan por la claridad expositiva y por la vinculación entre teoría y práctica. Como ha señalado Emir Sader en un texto aparecido en *Carta Maior* y reproducido en *Rebelión* el 23 de mayo próximo pasado, Álvaro García Linera es «un ejemplo de la articulación entre capacidad de elaboración teórica y de dirección política» que son tan necesarios en la América Latina y el Caribe actuales «demostrando la factibilidad de esa articulación y de como ella fertiliza tanto la creación teórica, cuanto la práctica política».

García Linera propone una estructuración del Estado en tres componentes analíticos básicos: armazón de fuerzas sociales, sistema de instituciones y sistema de creencias movilizadoras. Este instrumento se convierte en una poderosa herramienta para comprender la crisis en que se encuentra inmerso el viejo Estado boliviano. Para nuestro autor, el viejo aparato estatal neocolonial patrimonial pasa por dos crisis distintas, una de larga duración y otra de corta duración, parafraseando a Braudel.

La armazón de fuerzas sociales ha sufrido una importante fractura pues los movimientos sociales, particularmente los indígenas, han desplazado del escenario de combate a los partidos políticos tradicionales. En términos socioeconómicos, García Linera la presenta de la forma siguiente:

Pero además, en términos de los patrones de largo aliento o de invariancia epocal de las estructuras

sociales, un elemento que está presente como telón de fondo de la crisis del bloque empresarial de poder y de la propia insurgencia de los actuales movimientos sociales, surgidos de los márgenes de la modernidad capitalista, es el carácter primario exportador y de enclave de la economía boliviana. El que la modernidad industrial se presente como pequeñas islas en un mar de fondo de informalidad y economía campesina semi-mercantil, si bien puede echar para abajo los costos salariales, limita la formación de un mercado interno capaz de diversificar la actividad empresarial de valor agregado, además de convertir en endémica su vulnerabilidad a las fluctuaciones del precio mundial de materias primas, secularmente a la baja. En ese sentido, se puede decir que la crisis estatal de «larga duración» es el correlato político de una crisis económica igualmente de «larga duración» de un patrón de acumulación primario exportador incapaz de retener productivamente los excedentes y, por tanto, sin posibilidades de disponer internamente de volúmenes de riqueza necesarios para construir duraderos procesos de cohesión social y adscripción estatal. [337]

García Linera concluye acertadamente que Bolivia se encuentra en una época revolucionaria como la definiera Marx (345) y que las contradicciones que actualmente mueven a la sociedad y al Estado boliviano se manifiestan en tres ejes distintos: el clasista, el étnico y el regional. Se daba, por demás, la paradoja de que mientras las fuerzas conservadoras minoritarias se concentran en el Oriente y poseían cierta hegemonía económica, las populares están en el Occidente y el norte y tienen innegable primacía política.

El autor es capaz de explicar desde el punto de vista teórico las distintas etapas por las que ha pasado el proceso boliviano:

- a) Momento de develamiento de la crisis (2000).
- b) Momento de empate catastrófico (según la concepción de Gramsci) (2003).
- c) Renovación y sustitución de las elites políticas (2006).

d) Construcción, reconversión o restitución conflictiva (2008).

e) Punto de bifurcación (2009).

Según García Linera, el gobierno de Evo Morales ha logrado aplicar varias estrategias que le han permitido seguir adelante e ir restringiendo el papel y poderío de las fuerzas opositoras para así llegar al momento de bifurcación evitando una restitución conflictiva de la forma del poder del Estado que le precedió. Así, ha cooptado a las fuerzas armadas y a la policía nacional mediante el fortalecimiento del Estado ya sujeto a la hegemonía del bloque popular de poder (402-403). No obstante, señala el peligro de lo que define como «el síndrome de Allende» (403).

El actual gobierno boliviano ha logrado modificar la relación entre la sociedad y el capital global mediante la formación y consolidación de un bloque histórico formado por un Estado productor y el conjunto de medianos y pequeños productores que conjuntamente controlan el 58 % del Producto Interno Bruto de Bolivia. No niega que se trata fundamentalmente de un «capitalismo estatal» que se apoya en el sustento que le ofrece la «clase media letrada» entronizada en la administración, concepto bien riesgoso, contradictorio y discutible, pero cuya efectividad argumenta. Tampoco niega que en el poder judicial se concentra la mayor resistencia dentro del sistema institucional. No obstante, pareciera que por el momento la práctica le da la razón (406-407), según esta concepción de los escenarios futuros probables, García Linera apunta que mientras el bloque popular conformado de la manera apuntada ha venido consolidándose, el bloque conservador no tiene un proyecto nacional y se ve cada vez más constreñido a estrategias de resistencia regional. Finalmente, García Linera propone que se acerca el llamado «punto de bifurcación», siguiendo las teorías de Ilya Prigogine pero avizora una salida por vía del «método dialógico y pactado», a favor de las fuerzas populares (412).

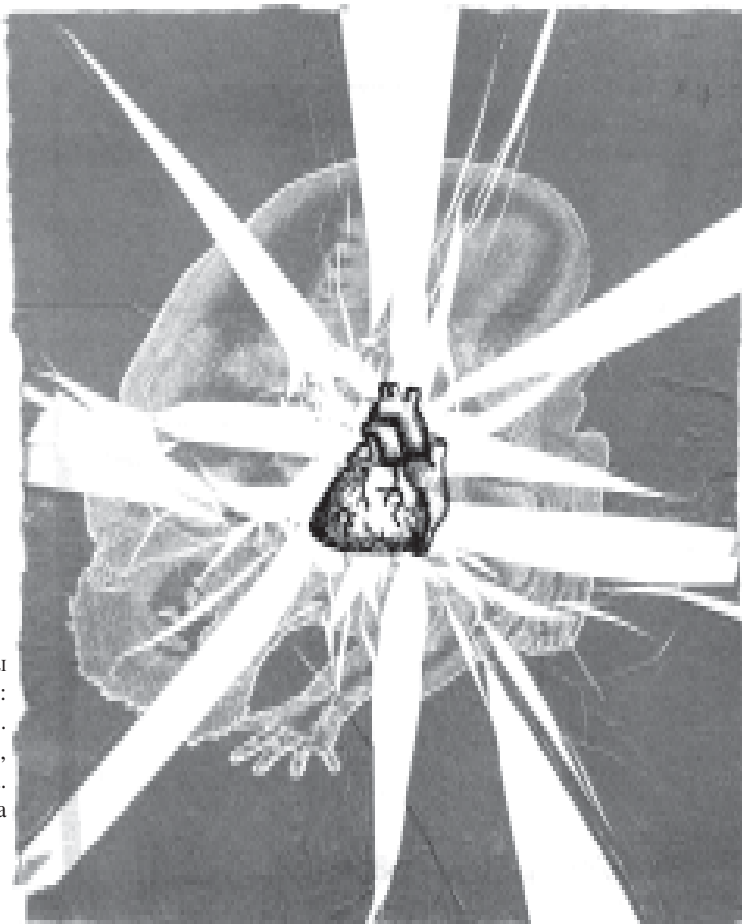
Para un lector cubano dos ausencias importantes pueden resultar incómodas. En los textos incluidos no hay mención alguna a la influencia que pudo tener en los procesos bolivianos recientes la experiencia

del Ejército de Liberación Nacional encabezado por el comandante Ernesto Che Guevara en la década de 1960, salvo una escueta referencia al ELN en la página 376, en un párrafo en que discuten las limitaciones de los movimientos que, afiliados al marxismo, no comprendieron en toda su profundidad la importancia del movimiento indígena.

Tampoco hay frases de condena o análisis a la política que ha seguido el imperialismo estadounidense en Bolivia, lo cual no deja de extrañar en un autor de indudable filiación marxista y actor descollante de un proceso emancipador como el boliviano. Sin embargo, todo el libro trasunta el convencimiento de que la lucha de ese pueblo andino es contra una clase y una estructura de poder estrechamente vinculadas al dominio del capitalismo global, encabezado precisamente por los Estados Unidos.

No obstante estas aprensiones, la lectura y el estudio de esta obra de García Linera es de capital importancia para entender y comprender este fenómeno tan importante de nuestros días: el auge y consolidación de la nueva izquierda latinoamericana y caribeña y su pensamiento crítico. Las razones para ello son tres: el aval político que le otorga al autor ser un significativo participante y activista en el proceso boliviano; la profundidad y originalidad de su pensamiento enraizado en los clásicos del marxismo que, al mismo tiempo es capaz de incorporar las apreciaciones y enfoques más importantes de la sociología contemporánea, sin dogmatismos pero también sin concesiones; y la vigencia y actualidad de un tema tan importante como lo es la lucha por la verdadera emancipación de la América Latina y el Caribe.

La Habana, agosto de 2009 



LUVIER CASALI
(Paraguay, 1982):
Ecorché. #2, 2008.
Barniz blando, aguafuerte,
340 x 430 mm c/u.
Edición única